

NATÁN Y SUS HIJOS

Jerusalén 1192

MIRJAN PRESSLER

Traducción del alemán de
Alfonso Castelló

 Siruela

Las Tres Edades

Ama Yavé
las puertas de Sión
más que todas las moradas de Jacob.
Se hablan de ti cosas magníficas,
ciudad de Dios.

Salmos 87, 2

Dejadla en su risueña locura
en la que el judío, el cristiano y el musulmán
convivan... ¡qué dulce locura!

Daja, en *Natán el Sabio*

Personajes

El sultán Saladino

Sittah, su hermana

Abu Hassan, un capitán de Saladino

Natán, un comerciante judío de Jerusalén

Recha, su hija

Daja, la acompañante de Recha, una cristiana

Gesem, un muchacho de la casa de Natán

Elías, el administrador de Natán

Jacob, un ayudante de Natán

Zipora, la cocinera de la casa de Natán

Curd von Stauffen, después Leu von Filnek, un joven templario

Al-Hafi, un derviche al servicio de Saladino

El patriarca de Jerusalén

Gesem

Debí de quedarme dormido bajo la morera. Me había echado a descansar a media tarde, cuando el calor era insoportable, hasta que me despertaron los gritos, unos gritos altos y estridentes que me hicieron mover las manos involuntariamente para taparme los oídos. Al principio no me di cuenta de que eran gritos humanos, pero luego vi a Daja, el ama, boquiabierta y con la cara desfigurada, retorciéndose e intentando zafarse de la cocinera. «¡Recha! –gritó–. ¡Recha!, ¡Recha!», Zipora y una doncella la sujetaban firmemente y no la soltaron ni siquiera cuando Daja empezó a revolverse y a gritar: «¡Soltadme, tengo que ir a por Recha! ¡Natán no está aquí! Que Dios nos asista, si algo le ocurre a Recha». Sus gritos ensordecían el fragor de las llamas.

Quería levantarme y lanzarme hacia las llamas, quería ser el valeroso héroe que salvara a la hija del señor, ¡yo, yo, yo! Era la oportunidad que Dios, o Alá, me ofrecían para demostrar mi valor. Todo el mundo se enteraría de que soy algo más que un pobre tullido; sobre todo él, Natán, el señor. Sin embargo, el calor del fuego llegó hasta mi morera y el cuerpo empezó a dolerme, ese antiguo dolor agudo que se me extendía desde el lado izquierdo; un dolor que en realidad no debería poder sen-

tir, ya que las heridas que han cicatrizado hace tiempo ya no duelen, ¿por qué las mías sí?

Agachado como estaba bajo la morera, solo podía pensar en una cosa: tengo que sacar a Recha, su padre no está, es mi obligación salvarla; pero, cuando quise ponerme en pie, mi cuerpo no me respondió, las cicatrices me quemaban, el brazo y la pierna izquierdos se me retorcieron como ramas en el fuego y se quedaron rígidos e inmóviles. Empecé a gatear, la hierba me arañaba la piel, el humo me entraba por la nariz y la boca, me ardían los ojos y la tos me hacía estremecerme. Todo se quedó a oscuras.

Antes de quedarme inconsciente, una figura alta apareció frente al fuego: la espalda ancha y blanca se recortaba contra las llamas, los brazos avanzaban, las mangas se agitaban como alas de una gigantesca ave blanca. El desconocido dudó un momento, lo suficiente para que yo pudiera ver la enorme cruz roja de sus vestiduras; luego, pronunció una oración, avanzó hacia el fuego y las llamas se lo tragaron.

La somnolencia se apoderó de mí, una somnolencia odiosa y amenazante con un sueño odioso y amenazante. Lo primero que vi fue el humo, el humo siempre es lo primero que se ve. Salía por la puerta y subía por el muro de la casa en forma de delgados hilos, se ensortijaba y se hacía más denso, ascendía al cielo transformándose en una nube amenazadora. Ya sabía lo que significaba el humo. Antes de que pudiera protegerme del dolor, las primeras llamas fueron apareciendo bajo el humo hasta convertirse en lenguas de fuego que se mezclaban con el rojo del crepúsculo, de modo que parecía que el cielo ardía. Y finalmente llegó la inconsciencia.

Cuando volví a despertar, la luna estaba alta sobre la ciudadela. Al principio estaba confuso, no sabía dónde estaba, solo fui consciente de que no estaba tumbado sobre mi alfombra de piel habitual, en la cocina, bajo la

mesa en la que Zipora prepara gallinas y otra carne *kosher**. El suelo bajo mi cuerpo era irregular, podía sentir piedras presionándome la espalda y la hierba en los dedos. Abrí los ojos asustado y vi la copa de la morera sobre mí. Las estrellas iluminaba a través de las hojas y la luna, casi llena, brillaba lo suficiente para permitirme ver que había un grupo de personas frente a la casa; personas cuyas voces me habían despertado. Las voces se oían cada vez más, un pájaro graznaba en el árbol sobre mi cabeza, los chacales aullaban en el olivar tras los muros de la ciudad, las hormigas me corrían por la mano. El olor amargo a madera quemada se me metía por la nariz, pero no lo necesitaba para saber que no había estado soñando. Un escalofrío me recorrió la espalda, la piel de la nuca se me erizó y una certeza me subió por la garganta, dejándome un sabor agrio en la boca: había pasado realmente. Con la certeza vinieron también la vergüenza y el remordimiento por no haber sido capaz de salvar a mi señora, por haber fracasado. Me sentía un inútil, un pobre enclenque, un tullido, incapaz de hacer nada. Incapaz de realizar una gran hazaña, incapaz incluso de mostrar gratitud; indigno del pan que me daban: Recha estaba muerta, la hija del señor había sido víctima del fuego mientras yo estaba tumbado bajo el árbol, inerte e inútil. Y entonces vi claro lo que esto significaba: debía abandonar la casa de Natán, que había sido mi hogar durante más de dos años.

De pronto caí en la cuenta de que las voces que había oído eran altas y excitadas, pero no llantos ni lamentos, nadie se había rasgado las vestiduras ni había invocado a Dios: una tímida esperanza fue abriéndose paso en mí, la esperanza de que el ángel de la muerte hubiera pasado de largo nuestra casa. Además, había oído voces mascu-

* Las palabras extranjeras están explicadas brevemente en un glosario al final del libro. (*N. de la E.*)

linas, pero antes de perder la consciencia solo había mujeres: Daja, Zipora y las doncellas. El único hombre era aquel desconocido...

Levanté la cabeza cauteloso. Al otro lado, frente a la casa, se había levantado un campamento: ardían lámparas de aceite y antorchas, a cuya luz pude ver que un sirviente echaba algo de una jarra a un vaso y se lo daba a un hombre. El corazón empezó a latirme violentamente. Repté sobre la tierra seca para acercarme un poco más, hasta el borde de la explanada pavimentada. Sentía las piedras aún tibias del día anterior bajo las manos y las rodillas y no podía apartar la vista del hombre que se llevaba el vaso a la boca y bebía. Era él, Natán, el señor: debía de haber regresado a casa mientras mi alma se escondía en una madriguera de puro miedo.

Natán estaba sentado sobre una manta púrpura y sostenía a Recha en sus brazos; Recha, su hija, a la que yo había creído muerta. No pude verle la cara, la tenía enterrada en el hombro de su padre, pero sus cabellos centelleaban a la luz de las lámparas como el oro rojizo del brocado bordado en la manta que la envolvía. Natán la rodeaba con un brazo y le acariciaba la cabeza con la otra mano una y otra vez. Frente a ellos estaban sentados Daja y al-Hafi, el derviche amigo de Natán. No me sorprendió verlo, siempre aparece cuando nuestro señor vuelve de un viaje. Parece sentir la llegada de los camellos cuando aceleran el paso al ver los muros de la ciudad. Estaba sentado con las piernas cruzadas y las manos abiertas sobre las rodillas. Me llamó la atención que llevara vestiduras nuevas y también turbante nuevo, más suntuoso que el viejo; de hecho, demasiado suntuoso para un derviche, y cuando giró la cabeza hacia Daja, pude ver que en sus labios se dibujaba una sonrisa. Me había acercado lo suficiente para oír lo que decían.

—Cálmate, Daja —dijo Natán—. ¿Qué importan estas pequeñas incomodidades, qué importan un par de mue-

bles quemados? Lo más importante es que no le ha ocurrido nada a mi querida Recha. Los sirvientes ya habrán puesto suficiente orden como para que podamos irnos a dormir. Cálmate, Daja, hoy no es día de llorar, debemos agradecer a Dios que haya salvado a Recha. Está viva, qué importa que tenga el pelo chamuscado, el pelo vuelve a crecer. Qué importa que tenga la ropa rajada y con quemaduras, le compraré ropas nuevas, más caras y bonitas que estas, y las heridas del brazo también van a curarse, Recha es joven y está sana. Lo que me angustia es otra cosa: Recha, ¿de verdad no viste al hombre que te rescató del fuego?

Recha levantó la cabeza.

–Fue un ángel, padre –respondió con una voz temblorosa en la que aún se podía oír el miedo a la muerte–. No fue un hombre, fue un ángel del Señor.

Natán le acarició el pelo para tranquilizarla y le subió más la manta de brocado sobre los hombros.

–La niña no está en sus cabales –exclamó Daja inclinándose hacia adelante–, el fuego la ha confundido. Escucha, Natán, ha sido un templario, ya te lo he dicho.

Natán tomó un sorbo del vaso que había sobre la manta frente a él, volvió a dejarlo y se limpió la boca con el dorso de la mano antes de decir pensativo:

–Ya no hay templarios en Jerusalén, el sultán ha ordenado matarlos a todos, algunos dicen que los ha matado él mismo.

–Natán, amigo mío, te equivocas –intervino entonces al-Hafi–. Ha ordenado matarlos, cierto, pero no a todos. A uno no. Lo sé, estuve allí: el sultán miró a ese templario y se puso muy pálido. A ese lo ha dejado con vida.

Natán levantó la cabeza y preguntó incrédulo:

–¿De verdad? ¿Le ha perdonado la vida? ¿Por qué?

–¿Cómo he de saberlo? –contestó al-Hafi encogiéndose de hombros–. ¿Acaso debe el todopoderoso señor de los creyentes rendir cuentas de las decisiones que toma?

–Era un templario –dijo Daja en voz alta.

El diálogo se interrumpió cuando llegaron los camellos. Ante las entradas de los almacenes subterráneos se formaron aglomeraciones, los camelleros chascaban la lengua y mascullaban órdenes; los camellos se agacharon, sus rodillas tocaron el suelo y la carga se balanceó peligrosamente hasta que los animales quedaron con la panza sobre el suelo. Elías y Jacob, los ayudantes que habían acompañado al señor en su viaje, desataron los correajes y se pusieron a descargar los fardos, que fueron bajando de uno en uno al sótano. Los camelleros, envueltos en ropajes negros y armados con cimitarras brillantes, estaban a un lado, callados e inmóviles. Cuando los ayudantes hubieran descargado todos los fardos, los camelleros harían una breve reverencia ante el señor y conducirían a los animales a las tiendas frente a la ciudad.

–¿Qué has traído, Natán? –preguntó al-Hafi–. ¿El viaje ha sido fructífero?

–Dios ha querido que todos mis negocios sean provechosos –dijo Natán–. Con su ayuda soy más rico que antes. Fui a Siria con aceite de oliva y esencias de Jericó y he vuelto con damascos, brocados y oro.

–Dios es grande en su bondad –dijo al-Hafi– y bendice al justo.

Al justo, pensé, a él sí. El dios de los judíos ama al justo, y también lo ama Alá, el dios de los musulmanes. Entonces me acordé del templario y pensé que el dios cristiano desde luego ama al justo, como no podía ser de otra manera. Todos los dioses deben querer a Natán, el señor, famoso por ser justo.

Dos sirvientes sacaron de la casa un sillón medio carbonizado y lo colocaron en una pila de trastos que habían ido amontonando a una distancia prudencial, y luego otros muebles destruidos por el fuego. Podía oírlos jadear mientras sacaban un tablero, negro por el humo y con una esquina quemada: este cayó al suelo y se astilló

con un estruendo de madera que rasgó el silencio nocturno. Recha se tapó los oídos con las manos y los dos hombres se irguieron para observar cómo otros llevaban cántaros de agua y la echaban sobre los objetos humeantes para apagar las posibles chispas ocultas y así evitar un nuevo incendio. Zipora barría las cenizas y el hollín delante de la puerta y la explanada hasta el terreno baldío donde se encuentra la morera.

Aún estaba al borde de la explanada, indeciso sobre si ir hacia la casa y averiguar si el extraño era en realidad un templario, o unirme a los que estaban ayudando. Mientras me debatía sobre esto, vi cómo Daja se levantaba y se alisaba la ropa: «Voy a decirle a Zipora que nos prepare una cena ligera, para que no nos acostemos con el estómago vacío, esperad un poco», dijo y se fue a la casa.

Estaba claro que tendría que ir a ayudar a Zipora. Me levanté y caminé hacia la casa, todavía con las piernas temblorosas. Me di cuenta de que cojeaba más que de costumbre, me dolía la pierna izquierda y no podía estirarla. Cuando llegué a la puerta me quedé mirando la sala de entrada, apenas alumbrada con lámparas. Ahí se había desencadenado el fuego: de los valiosos muebles solo quedaban restos carbonizados y en el lugar de la puerta que conducía a la nave lateral de la casa, donde se encontraban las habitaciones de Daja y Recha, quedaba un agujero negro, poco iluminado para ver si el fuego había causado daños allí. El olor era horrible. Daja salió de la cocina, yo me hice a un lado, a la sombra de una columna, y ella pasó de largo sin reparar en mí.

—¿Dónde te has metido todo este rato, chico? —me preguntó Zipora cuando entré en la cocina. Estaba en la mesa, cortando ajo y cebolla—. Está bien que hayas venido. Limpia la mesa del patio interior y lleva dátiles, higos, nueces y queso. Y no te olvides de las jarras de leche agria y vino. Y vasos, ¿me oyes? Recoge también algo de

menta y de hisopo, ayudarán a calmar y animar nuestro espíritu.

Me di prisa en hacer todo lo que Zipora me había encargado, luego encendí dos lámparas de aceite y las puse sobre la mesa. Zipora trajo pan y aceitunas encurtidas y mezcló las hierbas con la leche agria; solo entonces llamó a los señores a la mesa.

Los sirvientes comimos en la cocina, incluidos Elías y Jacob, quienes normalmente comían con la familia. Era tarde, todos estaban hambrientos y se abalanzaron sobre la comida con ganas, sobre todo Elías y Jacob. Veía cómo se metían pan y cebolla en la boca y levantaban sus vasos; oía cómo masticaban y tragaban, sin embargo yo no podía probar bocado: aún tenía la garganta cerrada. Zipora me lanzó una mirada inquisitiva.

—¿Por qué no comes nada, chico? —me preguntó. Yo rehuí su mirada.

—Déjalo tranquilo, Zipora —dijo Elías y bebió un trago de vino—. El pobre aún tiene el miedo en el cuerpo, se ve a simple vista.

Me sonrió con esa sonrisa bondadosa que achicaba sus ojos hasta hacerlos parecer los de un gato ronroneando; una sonrisa que siempre me alegraba el corazón. Intenté sonreír a mi vez, pero solo fui capaz de esbozar una mueca. Aun así, Zipora me dejó tranquilo.

La ayudé a recoger la mesa del patio interior y a guardar lo que había sobrado en la despensa, después todos se fueron a dormir y yo me quedé en la cocina, casi completamente a oscuras porque Zipora había apagado todas las lámparas y solo la débil luz de la luna entraba por la ventana. Tanteé mi camino hasta la mesa, desenrollé mi pellejo y me hice un ovillo.

Estaba tan cansado que todos los músculos me dolían, pero ni por esas conseguía quedarme dormido. En cuanto cerraba los ojos, el fuego llameaba bajo mis párpados y su fragor me llenaba los oídos. Intenté pensar en cosas

bonitas, porque sabía que los malos pensamientos se convierten en malos sueños, eso es lo que me decía una y otra vez cada noche. Sin embargo, no podía dejar de pensar en el fuego; la pierna empezó a retorcerse otra vez, como si los recuerdos se hubieran aferrado a los músculos y la piel.

Acabé levantándome, cogí el pellejo y me fui al patio interior: allí, bajo la higuera, había encontrado la calma que necesitaba cuando no podía dormir. Por algún motivo bajo el cielo nocturno y las estrellas me sentía más seguro que en la casa. Desenrollé la piel sobre el suelo, me ovillé y cerré los ojos, pero de pronto oí una voz y me incorporé de un salto, asustado. La voz preguntó:

–¿Qué haces aquí, chico? ¿Tú tampoco puedes dormir?

Era el señor. Estaba sentado bajo la higuera, con la espalda apoyada contra el tronco, completamente oculto por la sombra.

Me temblaba todo el cuerpo. Sin pensar, dije:

–Era un templario, yo lo vi.

–Ven, siéntate aquí conmigo –dijo Natán, con una voz que sonaba amistosa–. Aunque los dos tenemos ganas de dormir, podemos charlar un rato.

¿Charlar? ¿Sobre qué? Nunca antes me había dirigido la palabra, únicamente para darme alguna orden. «Trae pan, chico», o «necesito agua, chico», o «corre a llevarle este mensaje a al-Hafi, chico». ¿Qué quería de mí? Sus palabras me asustaban, pero era mi señor, de modo que me levanté y me senté bajo la higuera, a una distancia respetuosa de él.

–¿Cómo te llamas en realidad, chico? –preguntó.

Hay preguntas que hacen que la sangre se escape de mi cabeza y que la boca se me seque tanto que la lengua se me quede pegada al paladar. Esas preguntas son: ¿cómo te llamas? ¿Quién es tu padre? ¿De qué ciudad provienes? Cuando alguien me hace esas preguntas, finjo que

no las he oído o me doy la vuelta y salgo corriendo, pero no podía huir de mi señor, debía contestarle. Bajé la cabeza.

–Me llamo *jeled*. Chico.

–Pero ese no es un nombre –respondió–. ¿Qué nombre te dio tu padre?

Me encogí de hombros, no me atrevía a levantar la cabeza.

–¿Y bien? –repitió, al ver que yo no respondía.

Me costó mucho trabajo hacer salir las palabras de la garganta, palabras que me ardían en la boca.

–No tengo padre ni madre –respondí–. No tengo familia ni nombre. No sé quién soy.

Natán se quedó callado, hasta que pasado un rato preguntó:

–¿Cómo llegaste a mi casa?

–Yo estaba enfermo y Elías me encontró –respondí–, fue él quien me encontró y me llevó con Zipora.

No sé mucho de nada, pero eso lo recuerdo perfectamente. Fue hace dos años y medio, en una noche fría de invierno: yacía enfermo en un nicho junto a los muros de la ciudad y ya creía sentir cómo se cernía el ángel de la muerte sobre mí. Estaba tan enfermo que lo que más deseaba era morir para que terminara mi miseria. Tenía fiebre, llevaba días sin comer ni beber y apenas podía moverme. De pronto, un hombre se acercó a mí y me preguntó algo que no entendí, solo quería que se fuera y me dejara morir. En lugar de eso, el hombre se agachó, me levantó y me llevó por las callejas hasta esta casa. Cuando recobré el sentido, estaba en un lecho mullido, envuelto en una piel. A mi lado estaba una mujer que me daba sopa de pollo: supe enseguida que era sopa de pollo, podía olerla y sentirla, tragaba y tragaba y era incapaz siquiera de dar las gracias. Después volví a quedarme dormido, pero cada vez que despertaba, del sueño o de la inconsciencia, Zipora se sentaba a mi

lado y me daba de comer, hasta que sentí que iba recuperando las fuerzas. Esta vez no moriría.

–Me quedé con Zipora en la cocina –dije–. La acompañé al mercado, barro la cocina, sacrifico los pollos, recojo agua de la cisterna... –Ya no se me ocurría nada más. Bajé la cabeza avergonzado, rehuyendo la mirada inquisitiva de Natán.

–Que Dios escriba los nombres de Elías y Zipora en el libro de la vida por lo que hicieron por ti –dijo Natán poniéndome una mano en el brazo. Me estremecí, pero no retiró la mano; al contrario, apretó más aún. Pude sentir su calor a través de la ropa y me invadió un sentimiento extraño: nunca nadie me había tocado de esa manera. Mi primer impulso fue huir, pero me quedé sentado y me abandoné a ese sentimiento.

–¿Te gustaría tener un nombre? –me preguntó de repente con una voz muy suave.

–¿Qué nombre?– pregunté asustado.

Natán rio en voz baja.

–Busca uno.

Me libré de su mano y giré la cabeza avergonzado.

–Ni siquiera sé si soy hebreo o musulmán –dije de pronto–. O quizás puede que cristiano.

–Cristiano seguro que no –respondió Natán riendo–. No importa quiénes fueran tus padres, el hombre necesita un nombre. Busca uno que tenga un significado para ti, como el nombre de un árbol o de un animal fuerte. ¿Como suerte, tal vez? ¿Paz? ¿Qué es lo que más te gusta?

–La lluvia –dije–. Agua que cae del cielo; agua que apaga todos los fuegos.

Esta vez Natán rio con más fuerza.

–Está bien –dijo, levantándose y poniéndome la mano en la cabeza, como para bendecirme–. Entonces, de ahora en adelante te llamarás Gesem, lluvia. Y puesto que todos somos hijos de Abraham, te llamarás Gesem ben Abraham o Gesem Ibn Ibrahim, según quién te pregunte.

Me acarició el pelo brevemente, como me acaricia a veces Elías, haciendo que me sienta como un niño y los ojos se me llenen de lágrimas, reconfortado pero al mismo tiempo desamparado. Bajé la cabeza aún más y Natán dijo:

–Ahora debo reposar, Gesem, ya no soy tan joven y acabo de llegar de un viaje agotador, además del susto de casi haber perdido a mi hija. Que duermas bien, Gesem, y que Dios guarde tu corazón y te devuelva tu alma mañana por la mañana.

Se dio la vuelta y fue hacia la casa con paso cansado y los hombros caídos. Lo seguí con la mirada hasta que desapareció tras la puerta.

Me tumbé sobre mi piel, mirando el cielo y las estrellas, escuchando el leve susurro de las hojas. De vez en cuando un ave nocturna graznaba o un perro ladraba, a lo lejos los chacales aullaban; por lo demás, todo estaba silencioso. Me sentía inquieto y me llevó un rato poder pensar con claridad. De modo que era así de fácil: tenía un nombre. En el futuro, podría responder cuando alguien me preguntara mi nombre. «Me llamo Gesem», diría, «Gesem ben Abraham».

Nadie necesitaba saber que no había sido mi padre quien me había dado ese nombre, sino Natán, mi señor, al que en Jerusalén llaman el Sabio.